

MIS PASEOS CON ANTONIO

Antonio pertenecía a esos hombres privilegiados que vienen al mundo con el pasaporte de la “elegancia”, con el carnet de la sabiduría, con la tarjeta-oro del gran poder de la amistad, con una generosidad sin límites y que, cuando se marchan, dejan un hueco patente que se va agrandando a medida que el tiempo pasa.

Antonio era un enamorado de la Medicina. Le gustaba mucho conocer algunas enfermedades (la cardiopatía isquémica, la diabetes, la hipertensión, etc.) y conocía muy bien el origen griego de muchísimos términos médicos. Más de una vez me llegó a decir: “Si no me hubiera dedicado a la Filología Griega, hubiera “intentado” ser médico...”.

Recorríamos casi todos los días, en el mes de Agosto, la Playa de la Mata, en Torre vieja, comentando muchas cosas, unas vulgares, otras profundas, animándome muchas veces a mantener una conversación (médica o no) en inglés que era mi punto débil. ¡Qué bien me lo pasaba! con su ingenio increíble y con su toque divertido, en multitud de ocasiones!

La amistad se había convertido en un componente esencial de nuestra vida y recuerdo que me comentaba cómo Aristóteles había distinguido entre la amistad fundada en la utilidad y la que se funda en la virtud, en el intercambio de relaciones que es la verdadera amistad. El me recomendó el libro de Francisco Alberoni “La amistad”, donde puede leerse: “la amistad es una filigrana de encuentros y cada encuentro es diferente, descubre nuevos caminos, aporta nuevas perspectivas y no se encuentra justicia en el amor sino en la amistad”.

Antonio era un tanto hipocondríaco, palabra de origen griego que él conocía muy bien y que expresa una preocupación constante y a veces angustiada por la salud. Le inquietaba la enfermedad

y cualquier proceso sintomático y, con su ansia de saber, intercambiábamos distintos comentarios.

Apreciaba mucho a los internistas. Le fascinaba el enfermo valorado de forma global, esa visión holística de la Medicina que permite en muchas ocasiones interrelacionar los distintos procesos. Le gustaba mucho cuando comentábamos “la atención integral”, entendiendo que el enfermo no es una suma de sistemas u órganos sino un ser humano con su complejidad biológica y psicosocial.

“Por eso quiero yo, Ángel, que tú seas mi médico”. Y ¡cómo presumo yo de haber sido el médico de Antonio!

Le gustaba tanto la Medicina Interna que leía conmigo algunos capítulos de la *Historia de la Medicina* del Prof. Laín Entralgo, del Prof. Ciril Rozman *Reflexiones sobre la Medicina Interna en la Universidad*, del Prof. Lopez de Letona *El internista general, una especie amenazada* y *La historia natural como fuente esencial para la formulación del diagnóstico*, y sentía curiosidad por Sir Willian Ossler (1849-1919), cuya biografía *The life of Sir William Ossler* es un canto a la grandeza de este médico que definía al internista como “generalista plural” (aproximación integral al paciente) y “distinguido” (profundos conocimientos). Con su dominio del lenguaje solía decir: “Ves, Ángel, las cosas y las personas sólo existen cuando se identifican claramente con una palabra”.

Le parecía muy curiosa la alegoría del “acto clínico”, donde se identifica al médico que actúa como Teseo viajero en el intrincado camino que lleva al diagnóstico y a la posible curación y al enfermo, que, con su enfermedad oculta, espera en el centro mismo del laberinto, como el Minotauro de la leyenda cretense.

Otras veces nuestra conversación se centraba en la política o en hablar del Real Madrid, que era nuestro equipo favorito. A veces hacíamos un repaso a nuestra situación universitaria o me informaba de las últimas obras que había leído. Me contaba lo feliz que era con su nieto él y especialmente Maíta.”Ya lo verás cuando te llegue”, me decía.

Antonio me ayudó siempre mucho, pero el último verano su ayuda fue especial en la adecuación del texto de mi discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina de Salamanca, “La Medicina Interna. Reflexiones de un internista”, que, con profundo agradecimiento, le dediqué. Le gustaba todo lo escrito, aunque a mí me parecía excesivamente extenso y, aunque teníamos que recortar y resumir, me decía: “Consérvale todo que tenemos que publicar tú y yo un libro muy interesante para estudiantes y profesionales de la Medicina”.

Es curioso cómo las circunstancias surgen en nuestra vida y mis últimas conversaciones con Antonio fueron comentarios profundos médicos.

En uno de nuestros últimos largos paseos hablábamos de si el paciente debe conocer o no la verdad total y, en ese sentido, Antonio pensaba que el paciente debe conocer la verdad que sea capaz de soportar. “La confianza en mi médico —decía él— seguro que supera esa tesitura científica. Tú me dirás siempre lo que estimes oportuno, porque me conoces”.

Comentando un texto del Prof. Letona, hablamos del pronóstico de las enfermedades como el elemento más importante para el paciente y cómo la labor del médico durante casi toda la historia había sido la predicción de futuro (formulación de un pronóstico) y su aplicación, y él me comentaba, con su conocimiento y sagacidad habitual, algunos textos del tratado *El Pronóstico* de Hipócrates, y conocía con detalle, entre otras muchas cosas, la descripción de la “facies hipocrática”.

Y también hablamos -triste circunstancia- de la muerte. Comentábamos cómo la medicina actual ha conseguido modificar el momento, las causas y las circunstancias de la muerte y cuáles eran sus principales causas (enfermedades cardíacas, accidentes cerebrovasculares, cáncer, accidentes de tráfico, etc.). Y cómo el proceso de morir a veces se hace largo y a veces después de haber realizado varias intervenciones quirúrgicas —“yo ya me he operado una vez y lo pasé mal como tú sabes..., no me mandes operar otra vez”-.

Le llamaba la atención, con esa precisión de sus palabras, la “medicalización” de la muerte y la muerte “tecnificada”.

Él, como todos, tenía miedo a la muerte y hubiera elegido una muerte súbita y en estado de inconsciencia a pesar de que me recordaba, en nuestros comentarios, que la muerte súbita había sido considerada antiguamente como una gran desgracia (“A subitanea et improvisa morte, libera nos, Domine”).

Le comentaba yo a Antonio que en la actualidad la actitud del médico ante la muerte no puede ser excesivamente paternalista ocultando la verdad. El paciente tiene derecho a conocer su futuro, a tomar decisiones que sus creencias y la propia filosofía de la vida puedan dictarle –“Yo eso lo acepto..., pero tú me conoces”, me decía.

Nunca entramos en profundidad a comentar “el más allá”, pero los dos teníamos la creencia de un “ser superior”, de que “algo tiene que haber” y, si eso es así, en algo se nos tiene que valorar.

Su vocación de médico no se completó, pero de su gran afición a la Medicina yo fui buen testigo.

Te recuerdo las palabras que te dediqué: “Gracias infinitas, Antonio, por tu bondad, por tu entrañable, sincera y prodigiosa amistad, por tu disponibilidad permanente y tu ayuda sin límites en muchos momentos que tú y yo conocimos”.

Tú te marchaste sin avisarme y para el “tránsito” último en el que tú y yo creíamos, este es mi deseo: “Tu maleta vacía de rencores ¡Sólo el amor como único equipaje!”.

Ángel Sánchez Rodríguez